

## En torno al discurso de Benedicto XVI

Carlos Masías

*Universidad de Piura*

En la última Jornada Mundial de la Juventud realizada en Madrid el año pasado, el Papa Benedicto XVI les recordaba a los profesores universitarios que la universidad está llamada a ser siempre, «la casa donde se busca la verdad propia de la persona humana». El mensaje del Santo Padre era una propuesta de visión amplia de la comunidad universitaria, y a no reducirla desde el pragmatismo y el utilitarismo moderno, a un simple centro de formación técnica. El Papa replanteaba así el viejo debate entre las humanidades clásicas y los estudios prácticos, debate que –pareciera– ha quedado ya liquidado por una realidad brutalmente pragmática que va poco a poco desterrando las humanidades, y repensando no solo la universidad, sino todos los niveles educativos desde la perspectiva de la profesionalización. Leo sobre el tema las siguientes líneas aparecidas en la versión online del diario español *La Vanguardia*:

Los actuales planes de estudio no contemplan la enseñanza del latín ni de la filosofía durante la escolarización obligatoria, incluyen la historia como parte de la asignatura de ciencias sociales, y la literatura se aborda en las clases de lengua. También durante el bachillerato los alumnos pueden obviar algunas de estas enseñanzas y plantarse en la universidad para cursar Derecho o Historia sin haber estudiado nunca, por ejemplo, ni latín ni griego.

Cabe pensar que es así porque los responsables de planificar la formación de las futuras generaciones tienen claro que no necesitarán estas enseñanzas, que en el mundo que van a vivir esos conocimientos no les servirán de nada.<sup>1</sup>

En un horizonte de comprensión tan utilitarista del conocimiento, no es extraño que la misión de la universidad sea reducida a «formar profesionales competentes y eficaces que satisfagan la demanda laboran en

---

<sup>1</sup> Mayte RIUS, *Las humanidades en la era 2.0* [en línea: <http://www.lavanguardia.com/estilos-de-vida/20111014/54229795673/las-humanidades-en-la-era-2-0.html>]

cada preciso momento». Es decir, la actividad de la universidad está subordinada a los requerimientos del mundo laboral, cuya pauta la marca las empresas. Lo importante –al parecer– es que el alumno aprenda un oficio, que sea poseedor de un hacer que le permita ser alguien en la sociedad. ¿Acaso hay algo de malo en que la universidad se centre en formar profesionales que mejorarán la sociedad? ¿Acaso puede ser inmoral formar especialistas que dominen a la perfección su tema? ¿Queremos ingenieros que sepan levantar un puente o queremos ingenieros que sepan apreciar la belleza de la *Divina Comedia*? O como pregunta un personaje de una serie de televisión norteamericana: “¿Preferiría un médico que le coja la mano mientras se muere o uno que le ignore mientras mejora? Aunque yo creo que lo peor sería uno que te ignore mientras te mueres...” Creo que ninguno de los lectores vacilaría a la hora de elegir. Pero estoy seguro de que formar médicos que ignoren a sus pacientes mientras los curan, es el camino para obtener médicos que ignoren a sus pacientes mientras se mueren. Basta echar un vistazo a las noticias que los medios nos traen para darse cuenta de la profunda raíz de inhumanidad –des-honestidad, indiferencia, discriminación, violencia– que se encuentra en la mayoría de problemas actuales. Lo que pierde a la humanidad actual, es su inhumanidad; y precisamente lo que podría salvarles, las humanidades, han sido consideradas como cosas inútiles, y accesorias.

### La degradación funcional

Si alguien considera que exagero, reflexione conmigo la siguiente experiencia: Hace poco una amiga visitaba a un enfermo en el hospital, cuando repentinamente, cayó en la cuenta de otra paciente –mujer de edad avanzada– que atravesaba lentamente la habitación, caminando con dificultad. Mi amiga, movida por esa humanidad que tanta falta hace, se acercó a la mujer y la ayudó; pero tuvo dificultad para ayudarla a subir en la cama. Buscando quien la apoye, divisó a dos jovencitas –al parecer estudiantes universitarias haciendo prácticas en ese hospital– a las que pidió le ayudaran; pero recibió la respuesta más curiosa que alguien pudiera escuchar: “busque a una técnica, nosotros somos estudiantes de psicología.”

En un mundo que ha claudicado del sentido común para regirse por soflamas irracionales, esta respuesta parecería una respuesta sensata; sin embargo, los que aun conservamos el sentido común sano no podemos dejar de indignarnos ante una respuesta que evidencia la estulticia de considerar el cuidado a otro ser humano como una función exclusiva de enfermeras o técnicas de enfermería. El cuidar no es algo exclusivo de las enfermeras, es algo esencial al ser humano. Las enfermeras –entiendo yo– se

hacen dispensadoras de un cuidado especializado; pero hay ámbitos dónde cualquier humano puede ayudar. Donde el interés y la preocupación por el otro puede llevar a decir: “espere ahorita llamo a la enfermera”, en vez de quedarse indiferentes.

Ante esta indiferencia, uno puede considerar el estado de estudiantes universitarias de estas jovencitas y preguntarse ¿Acaso nunca escucharon estas jovencitas hablar de cuidado integral en su universidad? ¿Acaso ninguno de sus profesores les habló de humanismo, de amor al prójimo, de servicio? Probablemente no. Nuestras universidades, de un tiempo acá, se han dejado llevar por ese pragmatismo contra el que advierte Benedicto XVI, y se han convertido en fábrica de profesionales, y no en verdaderos centros de formación humanista integral. Estas fábricas de profesionales responden a esa desorbitación de la idea de función de la que hablaba Gabriel Marcel, por la cual “el individuo tiende a aparecer ante sí mismo y también ante los demás como un simple haz de funciones”, y cifra su dignidad (que ahora la llaman éxito) en el cumplimiento de sus funciones. Esto configura un mundo destrozado, un mundo vacío de sentido; porque la idea de ser humano ha sido degradada y como señalaba el mismo Marcel, “el hombre depende, en muy amplia medida, de la idea que se hace de sí mismo, y que esta idea no puede ser degradada sin ser al mismo tiempo degradante”.

Y la raíz de la degradación en este caso viene de haber confundido su propio ser personal con un modo de hacer particular. El cuidado no está a nivel del hacer sino del ser, porque entraña la preocupación por el ser del otro, y solamente el ser se puede preocupar del ser. Porque si lo trascendental en la persona es su amar, más allá de una comprensión sentimentaloides, ese amar desvela el cuidado por el otro, la responsabilidad ante el rostro ajeno, como la conducta debida. La responsabilidad es el modo radical de ser ante el otro ser humano.

El hacer es segundo, y establece modalidades de esta responsabilidad ontológica. La enfermera, la psicólogas, los médicos, son ante todo personas que han adoptado un modo particular de hacer, para poder responder – para poder ser responsables– a esa exigencia ontológica del rostro del otro; por lo tanto su cuidado es siempre un cuidado humano, que nace de una persona y se dirige a una persona, de allí que deba ser integral. Por eso un personal de salud cuida a una persona, aunque solo examine su estómago. Nuestras jovencitas olvidaron esto, y pensaron quizá que como estudiantes de psicología solo debían atender a la psique humana, ignorando el resto. Sin embargo, la vieja imagen con la que se identifica a psicólogos y psiquiatras: el diván, parece señalar la cuestión sapiencial de que el psicólogo –aunque priorice su atención en la psique– no puede olvidar el cuerpo de su paciente.

Pero el estado de la degradación va aún más allá de lo que sostenía Marcel en su tiempo. Él aun podía hablar de “el sordo e intolerable malestar experimentado por quien se ve reducido a vivir como si efectivamente se le confundiera con sus funciones”; pero ese malestar parecería –en el caso al que nos referimos– no existir. Surgía de su actitud el eco cainesco ¿soy yo acaso el guarda de mi hermano? Las dos jovencitas al parecer se sentían orgullosas de sus funciones, de ser solamente psicólogas, y se mostraron indignadas de que alguien les pida cumplir unas funciones que no les competía; sin caer en la cuenta que su respuesta evidenciaba la incapacidad de comportarse como personas, como simples seres humanos (con esa simplicidad que es atributo divino). Asfixiaban tristemente su ser personal, con los estrechos parámetros de una función profesional, dando así la imagen penosa de un comportamiento infrapersonal.

### **La tragedia de no saber quien soy**

A esta degradación se refiere el Papa cuando dirigiéndose a los jóvenes profesores universitarios les señalaba:

Sabemos que cuando la sola utilidad y el pragmatismo inmediato se erigen como criterio principal, las pérdidas pueden ser dramáticas: desde los abusos de una ciencia sin límites, más allá de ella misma, hasta el totalitarismo político que se aviva fácilmente cuando se elimina toda referencia superior al mero cálculo de poder. En cambio, la genuina idea de Universidad es precisamente lo que nos preserva de esa visión reduccionista y sesgada de lo humano.

Pero precisamente el olvido del verdadero sentido de las humanidades, ha hecho aparecer al humanoide más aterrador que literato cualquiera pudo jamás imaginar: el burócrata especializado. De este ser podríamos decir aquello de Nietzsche: “Nosotros los que conocemos somos desconocidos para nosotros, nosotros mismos somos desconocidos para nosotros mismos: esto tiene un buen fundamento. No nos hemos buscado nunca, ¿cómo iba a suceder que un día nos encontrásemos?” Somos los seres que por vía del conocimiento hemos desintegrado el átomo, y por vía de la ignorancia hemos desintegrado nuestra alma.

Concedores de todas las cosas, nos desconocemos a nosotros mismos. Completando el dicho de Ortega y Gasset: lo que nos pasa es que no sabemos lo que nos pasa, porque no sabemos quienes somos. Esta es la tragedia que está incoada oculta en la visión actual de la universidad. Una institución que no puede responder a las cuestiones sobre el sentido de la existencia humana, porque ha desechado las humanidades, o –lo que es

peor- las ha pervertido reduciéndolas también a especialidades, a erudición, a técnica.

### *Dialectica exsanguis et sterilis*

Cuando en el siglo XII empezaron a surgir las universidades, nacieron alentadas por el espíritu de poder descubrir la verdad del alma y de Dios en el estudio de los autores clásicos. Esta primera generación de humanistas medievales, buscaba respuestas sobre la propia existencia, y no erudición. De hecho, Juan de Salisbury fue “enteramente consciente de los peligros que amenazaban la nueva cultura universitaria, a saber, no solamente la tendencia hacia un intelectualismo estéril –que él llama *dialectica exsanguis et sterilis*–, sino, peor todavía, la idea mezquina de la educación como preparación para una exitosa carrera profesional”.<sup>2</sup>

¿Cuánto del desprestigio de las humanidades, de su imagen de cosa inútil, no es culpa de los mismos actores culturales? ¿No nos hemos embarcado los profesores universitarios en una dialéctica exangüe y estéril que ha tiempo dejó de responder a las cuestiones más importantes? ¿No han sido las obras de la gran mayoría de los postmodernos ejemplos de esta dialéctica, la esquizofacia de un decir que no ha dicho nada?

Cuando a finales de la edad media, la discusión academicista asfixió ese afán de verdad, surgió una segunda generación de humanistas cuya actividad no estuvo necesariamente ligada a la universidad. Petrarca dejó escrito: “de qué me aprovecharía conocer la naturaleza de los animales, pájaros, peces y serpientes e ignorar o desdeñar la naturaleza de los hombres, el fin para el cual nacemos, de donde venimos y a dónde vamos.”<sup>3</sup>

La universidad debe rehacer el renacimiento. Debe volver a cuestionarse, en un mundo lleno de lugares comunes que se han convertido en bastones de almas inválidas, el verdadero sentido de la existencia humana. Y el reto que le surge en nuestros días, es que tiene que hacerse esas preguntas en medio del mundo laboral. Debe dar a sus alumnos esa cultura general, que no es un ornamento útil solo para resolver crucigramas, sino que es ante todo una cosmogonía, un modo de entender el universo, un modo de situarse ante él, de interrogarlo, de cuestionarlo. Un modo de enrostrar al otro concreto. Un modo de conocerse, reflexionando sobre las experiencias tenidas. Porque la experiencia sin reflexión es sólo signo de que uno se va muriendo. En cambio a través de la reflexión uno va conociendo el propio sentido de la vida, aquello que permanece.

---

<sup>2</sup> Christopher DAWSON, *Historia de la Cultura Cristiana*. México, FCE, 1997, pp. 346-347.

<sup>3</sup> Paul Oskar KRISTELLER, *Ocho Filósofos del Renacimiento Italiano*. México, FCE, 1982, p. 31.

Esto solo se logrará, a decir del Papa, si se tiene en cuenta, en primer lugar, que “el camino hacia la verdad completa compromete también al ser humano por entero: es un camino de la inteligencia y del amor, de la razón y de la fe”. Además, “hay que considerar que la verdad misma siempre va a estar más allá de nuestro alcance. Podemos buscarla y acercarnos a ella, pero no podemos poseerla del todo: más bien, es ella la que nos posee a nosotros y la que nos motiva”.